

La saga de Lore

(Cuento prehistórico)

(A la memoria de mi compañera de aventuras y desventuras que tan repentinamente me dejó)

aquella tarde otoñal, las moléculas del "sirimirí" cuajaban en las arbóreas hojas, goteando sobre la hojarasca del boscoso suelo, en nítido "tictac". Éste, y el tenue rumor que en la broza despertaban los cautelosos pasos de Lore, eran los ruidos más destacados salvo, quizá, el leve y apenas perceptible susurro que no se sabía si era producido por el viento o por los corpulentos árboles hablando entre sí.

Lore tenía quince años, edad que entonces como ahora, ve vida en las piedras y nos envuelve en el fuego de todos los anhelos, aunque, hace tres mil años, la dura lucha por la vida apenas dejaba tiempo para soñar.

Pese a ser fuerte y sana, estar bien hecha y tener un rostro agraciado; Lore continuaba soltera, los hombres escaseaban y los pretendientes de su gusto, más. Pero la joven tenía "echado el ojo" a un "mutil" del clan morador ocasional de las cuevas de Aitzbitarte. Varias veces procuró encontrarse con él, pero, aunque el mozo también parecía buscarla, en sus "conversaciones" ella llevaba el palabreril gasto sin conseguir de él algo más que monosílabos. Ello no le impidió "calar" que el "morrosko" se pirraba por ella.

Días y semanas esperó, ilusionada, la aparición de la madre, la hermana mayor, la tía o quien fuera, aparecer, como era tradicional, a pedirla para esposa del mozo. Pero, al poblado de elementales refugios temporales, sólo aparecía él, con cara de bobo... ¡Le daban unas ganas enormes de "animarle" con un buen estacazo!

A causa de tal indecisión del mozo y a la proximidad del invierno, dispersador de todos los clanes hacia tierras más cálidas con lo que sus posibilidades de "cazar" al mancebo se difuminarían; era por lo que Lore se aventuró en el tupido bosque de hayas, robles y castaños, sombrío e imponente, sito en las faldas del monte Adarra; a sugerencia de la "azti" de la tribu, la cual le recomendó utilizar un bebedizo compuesto por hierbas tales como las "asun" (ortigas), raíces de "zitoris" (azucenas), "belberines" (verbena), etc.; todo bien macerado en noche de cuarto creciente, y haciendo beber del cual el mozo más pusilánime se volvía audaz y el más reacio a los encantos femeninos, sátiro desatado. Por la ilusión de conseguir

tal brebaje, se atrevió a penetrar en el temido bosque al que ninguna muchacha ni muchacho osó acompañarla ni aún bajo la protección de poderosos amuletos de "txitxaribelarras" (artemisas) y "boskoitsas" (rudas). Normalmente, solo osaban entrar en el bosque los cazadores, siempre en nutridos grupos. Cuando lo hacían las mujeres -en la época de la recolección de bayas, bellotas o castañas- lo hacían bajo la poderosa protección de los guerreros... Había muchos y maléficos pobladores en aquellas umbrías...

La audacia de Lore patentizaba tanto la profundidad del amor que temía perder en la forzada dispersión invernal, como la sabiduría de la "sorgiña" la cual, aún creyendo en la bondad de sus pócimas, mas creía que una bella muchacha atreviéndose a tanto por un mozo, pronto encontraría mejores y más eficaces "argumentos" que los bebedizos por muy mágicos que fuesen.

Mientras buscaba la hierba elemental que le faltaba, en un claro del bosque, miraba inquieta en todas direcciones empuñando, amenazante, recia jabalina tomada a su padre como talismán disuasorio contra entes malignos. El "sonoro" silencio, ominosamente lúgubre; mantenía despiertos sus atávicos temores.



Pese a su vigilancia, fue sorprendida por la aparición súbita, tras tupidos matorrales, por una enorme osa abalanzándose hacia ella alzada sobre sus patas traseras y con las delanteras abiertas en cruz prestas a mortal abrazo, rugiendo pavorosamente. Tan rápidamente surgió que Lore, sin tiempo a huir ni refugiarse en un árbol, paralizada por el pánico, se acurrucó en el suelo dejando, casualmente, la jabalina enhiesta y con su parte posterior clavada en tierra.

La gigantesca "artzeme", sin parar mientes en aquella delgada "ramita de árbol" sobresaliendo de su presunta merienda, fue atravesada por ella al lanzarse ciega, con su enorme peso, sobre la yaciente chica, la cual, tuvo suficiente rapidez instintiva para escurrirse de lado zafándose, por milímetros, de las poderosas garras de la bestia corriendo a refugiarse en la copa del árbol más cercano. La jabalina, construida de resistente vara de fresno cortada en cuarto creciente, con su afiladísima punta de sílex fuertemente sujeta a la madera; traspasó limpiamente a la fiera.

El herido animal se revolcó en el suelo gruñendo espantosamente. El arma interesó algún órgano vital ya que, poco a poco, sus gruñidos se convirtieron en gemidos, luego en estertores y, al final, en silencio e inmovilidad.

El goteo sobre la hojarasca volvió a ser el ruido predominante, aunque los fuertes latidos del acelerado corazón de la muchacha, no permitieron a ésta percibir ningún otro que el producido por su violento palpar.

Refugiada en corpulenta haya y presta a subir a lugares más inaccesible al menor asomo de peligro; contempló ansiosa la corta agonía de la cazadora cazada. Tras un rato de angustiada observación, animada por la inmovilidad de su enemiga, venciendo sus temores, descendió preparada a volar al menor asomo de vida en la bestia. La hostigó, precavida, con una larga vara... La fiera estaba muerta y bien muerta, debido al mortífero poder de la jabalina la cual sobresalía, en más de un cuarto de su longitud, sobre el pelado y ensangrentado lomo.

Envalentonada, trepó sobre el cadáver y tiró con todas sus fuerzas de la parte visible del arma. El pulido astil ofreció alguna resistencia, pero, pronto la jabalina purpúrea de sangre, estaba dispuesta, de nuevo, a defender inermes doncellas.

Con el nerviosismo de haber escapado, por pelos, de convertirse en bocadillo ursino junto a la certidumbre de su victoria; excitaron de tal manera a la moza que, eufórica, brincó por el claro del bosque jabalina en ristre y las manos rezumando san-

gre, en improvisada danza guerrera coreada por jubilosos "irrintzis".

A sus "jujuys" imprudentes contestó amenazador bramido que llevó a la joven a la horqueta del árbol más cercano. Trepó con cierta dificultad obstaculizada por la azagaya a la cual, demostrado su potente poder mágico, no quiso abandonar.

Apenas acomodada en lo alto, irrumpió en el claro el autor del terrorífico bramido: el oso pareja de la malaventurada osa. Acercándose al cadáver, lo husmeó en varios lugares, lamió la sangre de su lomo, la empujó con la cabeza buscando indicios de vida... hasta que convencido de la inutilidad de sus esfuerzos por reanimar a su compañera... alzó la cabeza mirando desafiante en todas direcciones, bramando amenazas al desconocido causante de su viudez.

En su afán de contemplar mejor al animal, Lore apartó unas ramas que obstaculizaban su visión. Este movimiento fue captado por la fiera cuyo cerebro asoció, inmediatamente, a la "mona" agazapada allá arriba con la muerte de su compañera y raudo, lleno de vengativo afán, se dirigió al árbol y comenzó a trepar clavando sus fuertes uñas en el corpulento tronco. Pese a sus más de cuatrocientos kilos, lo hacía con más soltura de la que Lore le imaginó capaz, lo que la llevó a las ramas más altas y delgadas juzgándolas incapaces de soportar el peso el animal. Ya allí, esperó a la furiosa fiera la cual, consciente del riesgo, moviase con extremada cautela, pegada al tronco cada vez más delgado, pero acercándose, inexorablemente a la joven.

Ésta, acorralada donde no se lo esperaba, confiaba aún en el milagroso poder de su jabalina como último recurso contra el obstinado oso.

Pero a éste no arredraban poderes mágicos. Apenas una braza más abajo, lanzaba zarpazos de tanteo al par que sacudía el ya delgado tronco refugio de Lore, haciéndolo oscilar peligrosamente para la chica.

Sus inútiles esfuerzos y los pinchazos que recibían sus patas delanteras, alcanzadas varias veces por la jabalina, excitaron aún más a la fiera quien, temerosa ante los quejidos que ya emitía la oscilante rama sobre la que se asentaba, abrió su boca para bramar su desencanto al dios de los osos.

Mejor no lo hubiera hecho. Lore intuyó así una oportunidad de salvación y veloz, arrojó su arma, con toda la potencia de que fue capaz, al interior del pavoroso gznate. Dada la poca distancia a que se encontraban, no falló y la jabalina se intro-



dujo profundamente laringe abajo, en la animal garganta. El feroz bramido quedó convertido en gorjeo indescriptible, mientras la sangre salía a borbotones de las fauces de la fiera.

La furia de ésta se duplicó y en el paroxismo de su ciega ira, olvidó su precario asentamiento lanzándose hacia aquel odioso bípedo que ni siquiera servía para una comida. El soporte cedió al empujón y el plantigrado cayó, con gran estrépito de ramaje roto, hasta el duro suelo, mientras la "neska" se agarraba hasta con los dientes a la oscilante rama cimera.

De nada le sirvió al oso caer de pie. Los sucesivos golpes del sobresaliente y flexible mango de la jabalina contra los vástagos ramosos, repercutieron en la pétrea punta, ocasionando terribles destrozos en las entrañas del animal. Este ya no hizo más que tambalearse y caer, levantarse penosamente, caminar vacilante unos pasos, para volver a caer... hasta hacerlo definitivamente, en espantosa agonía, contemplada por una angustiada Lore que temblaba de pavor.

Pasó el tiempo y la tarde comenzaba a declinar. La joven, intuyendo lo malherida que estaba la bes-

tia pues apenas se movía entre estertores y jadeos, ponderó de nuevo los increíbles poderes de su jabalina, la cual sobresalía, inexplicablemente entera, de las fauces de la fiera.

Al tener Lore la certeza de que el agónico animal ya no podía atacarla, descendió del árbol y, como no las tenía todas consigo, sin acercarse a la caída fiera, corrió rauda entre los añosos árboles saltando los obstáculos como una cabra montesa -no fuera a surgir algún otro oso- hasta llegar al poblado.

Al principio, nadie creyó su excitado relato, pero tan vehementes eran sus afirmaciones, que los varones de la tribu decidieron comprobar su veracidad partiendo -bien armados y con la joven como guía- al temido bosque. La presencia de los dos cadáveres bañados en sangre y con la jabalina sobresaliendo de la boca del más corpulento; les hicieron contemplar admirados a la joven considerándola como una "sorgiña" de extraordinario poder.

Atando las patas de las fieras entre sí e introduciendo entre ellas recias e improvisadas varas, se las llevaron triunfalmente hacia el poblado. Era de

ver, cuando ya la noche tenía más presencia que el día, aquella jubilosa procesión portando bestias que, de comedoras, pasarían a ser comidas.

En el campamento se desató una orgía de cantos y danzas. No en vano se trataba de fieras quienes, no sólo no temían al hombre, sino que se lo merendaban a la menor ocasión. Los "bertsolaris" improvisaron cantos sobre la formidable gesta de Lore los cuales fueron cantados, durante muchas generaciones, en los fuegos invernales.

No por ello, días más tarde, se dejaron de enterrar con todo solemnidad los cráneos de los plantigrados, a fin de desagrar al genio protector de los osos y éste perdonase a la autora de sus muertes así como a los que se los habían comido.

A partir de entonces, a Lore le llovieron pretendientes pese a la escasez de mozos. Pero ella seguía esperando –ahora más confiada que nunca- en que su "mutil" de Aitzbitarte" se decidiría por fin.

Días más tarde, Otsoa, el mozo deseado por Lore, se asomaba fuera de la gran gruta donde, con su clan, pasaban los veranos. Jirones de niebla irrumpían silenciosos a lo largo del barranco, haciendo desaparecer los árboles de las laderas del monte frontero. A los pies del agreste refugio, cantaba, con fragoroso ardor, el torrente que saltaba de roca en roca.

El resto de la tribu comenzaba a desperezarse. Otsoa, pese a sus dieciséis años, valiente cazador, indomable guerrero si hacía falta, fuerte, ágil... era ya hombre a su corta edad porque, en aquellos tiempos, se maduraba muy temprano o se desaparecía en la nada.

El mozo contempló inquieto el nublado cielo, aún oscuro. Se había levantado temprano escapando a una noche de insomnio en la que no pudo pegar ojo pensando y repensando en cómo abordaría a la familia de Lore a fin de que le fuera entregada como esposa. Ella pertenecía al clan de los Orein –trashumante como el suyo- acampado al otro lado del Igoín, al pie del Adarra.

Todo comenzó semanas atrás, en una de sus correrías cazadoras, al tropezar con ella cuando, con otras mujeres, recogía leña. Jovencita de incipientes pechos, le sonrió al pasar. ¿Qué poder tuvo aquella sonrisa?. ¿Fue embrujo de "sorgiña"? . Desde aquel instante, Otsoa ya no descansó pasando las noches como un búho.

Frecuentó el campamento de la moza y vivió en Babia mucho antes de ser descubierto éste país. Hubiera deseado ser un brillante orador para

comunicarle sus deseos, pero, ante ella, se quedaba mudo e indeciso con harto dolor de su corazón. Ahora, al conocer la multitud de pretendientes que tenía su amada, determinó, tras aquella noche de insomnio, no demorar más en hacer ostensible su deseo. El buen augurio de un arrendajo levantando el vuelo a sus pies cuando salió de la cueva, añadió firmeza a su decisión.

Reunió sus posesiones: (curtidas pieles de distintos animales por él cazados, magníficas puntas de lanza y flecha prestas a ser engarzadas, hermoso collar de colmillos de jabalí, un montón de brillantes piedrecitas, etc.); y armado de broquel, tres azagayas, el arco y una docena de flechas; se despidió de sus hermanos y del clan todo, dejando desolada alguna de las mozas que allí quedaban cuando supieron su proyecto.

Salió al desapacible exterior, descendió, cruzó el río y caminando por la vertiente Norte del Igoín, se dirigió donde moraba su amada.

Al bajar hacia él, la niebla se disipó y manchones de cielo azul surgieron entre las nubes. Del poblado ascendían espirales de humo indicando que sus gentes preparaban sus desayunos.

Cuando llegó, pocos se extrañaron de verlo tan cargado adivinando sus intenciones, máxime, al observar que se dirigía hacia la choza de Lore, la jovencita a la que ahora pretendían cuantos solteros quedaban a un par de días de marcha a la redonda.

Llegado frente al chamizo, saludó al padre de su amada quien, sentado a la entrada del mismo, se afanaba en preparar una lanza, diciéndole:

¡Qué Ortzi te dé salud y buena caza!

Al saludo de Otsoa el hombre –que ya conocía al mozo por haberlo visto rondar por allí- contestó lacónico:

"Baita surire" (Para ti también). –mientras le contemplaba de reojo. El hombre suponía a qué venía el mozo al verlo tan cargado, pero se extrañaba de que no le acompañase ninguna mujer.

Otsoa, ante el silencio que siguió a la contestación de su saludo, añadió simple y escuetamente:

Me gusta una hija tuya y parece que yo le agrado a ella. Desearía que fuese mi mujer. Aquí traigo todo lo que tengo como dote...

Decir esto de carrerilla era algo que Otsoa había temido no poder realizar jamás. ¿Qué sabía él de peticiones matrimoniales?. Por ello, después de tamaña proeza, quedó encogido, rojo como manzana "gorria" y temiendo, como premio a su osa-

día, si no mala contestación, si suave repulsa que echase por tierra sus sueños.

Pero el veterano limitose a contemplar atentamente al mocete, uno más de los aparecidos aquellos días con idénticas pretensiones.

Tras sopesar sus aptitudes físicas, su rostro noblote y conociéndole como asiduo concurrente a su poblado; estimó que constituiría un valioso refuerzo para su clan, siempre escaso de jóvenes y fuertes cazadores. Así, para su fuero interno, lo aceptó complacido.

¿Has hablado con su madre?. La que quieres es hija mayor y tendrás que pedirla a ella y a su tío materno. Yo no tengo autoridad. También tendrás que preguntárselo a Lore si está conforme. Ultimamente se ha vuelto muy exigente... Búscala y dile que venga.

Otsoa se volvió, sorprendiéndose al ver tras de sí a todas las mujeres del poblado, atraídas, tanto por la curiosidad como por la intuición de que aquel apuesto vecino que vino tan cargado y al que vieron rondar por el poblado varias veces, tenía, quizá, la emocionante intención de cambiar el voluminoso atadizo por alguna de las mocitas si, como ya sucedió con otros, Lore no le aceptaba.

Pero, orgullosa y altiva, sabiendo que el joven venía por ella, allí estaba Lore dispuesta al sí. Otsoa, ruboroso, la tomó de la mano y, volviéndose hacia el padre, le dijo:

Emen dago, (Aquí está)

¿Quieres a este joven como compañero?- preguntó el hombre por decir algo ya que la actitud de la muchacha claramente indicaba su aceptación.

Bai aita (Si padre)- fue la categórica contestación mientras envolvía al pretendiente en el embrujo de su sonrisa.

Pues trae al tío materno para que dé su conformidad. Yo llamaré a la "amatxo".

El "osaba" acudió calmoso. Contempló al mozo con ojo crítico y por su mente pasó un razonamiento similar al de su cuñado al aquilatar las condiciones físicas del mozo. Era importante que los aspirantes a ingresar en la familia fueran fuertes. Aquel fornido joven prometía ser una magnífica adquisición.

¿Cómo no has venido con tu madre o una hermana para tratar éste asunto? -preguntó.

No tengo hermanas. Mi madre murió hace dos inviernos

¿Y no tienes tías que hablen por ti?

Sí, pero están muy lejos..

Bueno, esto no es normal. Lore es hija mayor y por tanto heredera del clan familiar. Si te unes a ella, tendrás que quedarte con nosotros...

Lo sé. Ya dije a mis hermanos que, de ser aceptado, me quedaría aquí. Si no vuelvo, sabrán que he tenido suerte y mañana vendrán a sellar la amistad entre nuestras familias.

Bueno, bueno... ¿Sabes, por lo menos, tus obligaciones de casado?

Yo se las enseñaré si no las sabe -cortó Lore, antes de que Otsoa abriese la boca. Éste se vio sin saber por qué, capitaneando una tropilla de pequeños Otseatxos, en fila tras él como patitos tras su madre.

Y sin más, primero el tío materno, luego la madre, el padre y todos los demás parientes cercanos y lejanos -toda la aldea- abrazaron a la pareja bendiciéndola con un:

¡Qué Ortzi, el Todopoderoso, os dé muchos hijos y abundante caza para alimentarlos!...

Y eso fue todo. Así de sencillo era contraer matrimonio. Los padres no quisieron nada de lo traído por el nuevo miembro de la familia pero Lore sí; se puso el collar de colmillos de jabalí.

Y una pulserita de brillantes piedrecillas. En cuanto a las pieles, como incipiente ama de casa, vaticinó:

Nos servirán de abrigo en las noches frías.

Pero una boda no se celebraba tan parcamente. Los presentes improvisaron una fiesta con el tío paterno y la madre de Lore como patrocinadores.

Oportunamente apareció un músico con su tibia agujereada y su rústico tamboril incitando a todos a danzar y lanzar jubilosos "irrintzis", mientras algunas mujeres se apañaban en preparar una comida a base de lo mejor que encontraron en las despensas de la comunidad.

Los recién casados se dirigían al chamizo adosado a la "txabola" de sus padres y que servía de morada a Lore, cuando vieron interrumpido su paso por Aritza.

El intruso, acompañado de su madre, su hermana mayor y dos amigos portando regalos; caminaba hacia el poblado con la intención de llevarse a la heroína de los osos cuando oyó la música y los jubilosos "irrintzis", teniendo la desagradable intuición de que alguien se le había adelantado y corrió por si podía impedir aquella boda. La pareja aún no había penetrado en su provisional hogar y, por tanto, la unión aún no se había consumado por lo que la boda podía deshacerse.

La pareja caminaba amartelada cuando Aritza se puso delante conminando a Otsoa:

Esa mujer es para mí... así que, vuelve por donde has venido.

Otsoa, sorprendido en medio de una nube rosicler, al comprender lo que el otro quería, vio su osado nimbo convertirse en rojo nubarrón. Arrojó



sus armas y su carga de pieles y se dispuso a enfrentarse al inesperado rival en pelea sin armas, como era costumbre en semejantes casos.

Todo el poblado interrumpió la fiesta y rodeó a los contendientes, dispuestos a contemplar la lucha a que se aprestaban, algo nada nuevo entre pretendientes a una bella moza. Nadie tenía derecho a intervenir, salvo los aspirantes a la mano de la bella, quienes no debían emplear otras armas que las proporcionadas por la Naturaleza a sus cuerpos.

Aritza era un año mayor que Otsoa pero no menos ágil y fuerte... pero, acaso porque su amor hacia Lore no era tan firme como el de Otsoa o quizá porque éste tenía mayor resistencia, al cabo de largos minutos de furibunda lucha –no reglamentada por ninguna Federación- se vio claramente que el de Aitzbitarte llevaba las de ganar. Conscientes de ello, los amigos de Aritza, saltándose las leyes consuetudinarias intentaron ayudar al camarada. ¡Nunca debieron intentarlo!

Lore contemplada angustiada la lucha dispuesta a no aceptar a otro que no fuese Otsoa a quien adoraba ahora más que nunca al verlo convertido en un bravo y esforzado luchador. Al observar el intento de los amigos de Aritza, agarró una de las jabalinas que Otsoa dejó junto a las pieles y, con su mango, se lió a "mangazos" con los alevosos gritándoles:

- ¡Urde zikiñak! (Cerdos sucios).

Como era fuerte y estaba furiosa, además de que ya se movilizaban contra ellos los asistentes a la lucha; los intrusos abandonaron a su amigo y se apartaron raudos huyendo de los palazos con que los obsequiaba la vencedora de osos.

Ante tan fulminante modo de expresar Lore su preferencia y acaso por estar ya al cabo de su resistencia física, Aritza levantó su mano derecha y jadeó:

- Askí da. (Ya basta).

Separáronse los contendientes, se miraron de hito en hito respirando afanosamente, convertidos en verdaderos cromos, sangrando por las narices y la boca, con hematomas que se acentuaban por momentos en sus desnudos torsos. Luego, el vencido, añadió:

- *Suria da, eukidagu bakea.* (Es tuya, tengamos paz).

Y se encaminó, cabizbajo, hacia sus amigos –separados del resto de los espectadores que no les perdonaban su

desafortunado intento- Estos le entregaron sus armas...

Otsoa no le perdió de vista, por si acaso, armándose de broquel y azagaya, presto a repeler cualquier agresión armada. Pero Aritza no era un suicida para levantar contra sí a todo el clan de los Orein y se alejó acompañado de sus amigos –quienes le consolaban achacando su derrota al hostil ambiente- hacia donde, angustiadas, esperaban su madre y hermana para dirigirse, a continuación, hacia sus lares.

Otsoa contempló su marcha con recelo, pero, al final, eufórico, con la alegría del vencedor a quien esperapreciado premio, se volvió hacia Lore, recibiendo de lleno su radiante sonrisa y la suavidad acariciadora de sus manos al enjuagarle la cara con fragante y refrescante manojos de "sendabelarras".

Él la dejó hacer perturbado por aquellas, para él, inusitadas atenciones femeninas. Al fin, preso del poder atávico al que tan pocos se sustraen, tomándola en brazos, penetró en el elemental chamizo donde, sobre cama de suaves y olorosos helechos, olvidó los dolores producidos por los golpes de Aritza, de si éste existió siquiera, de los curiosos que atisbaban indiscretos, de su timidez, en fin, de todo...

Quedó santificado así el que, de allí en adelante, donde recalase el clan en eterno vagabundeo buscando caza, bayas comestibles y frutos; tendría un remedo de hogar donde la "cazadora de osos", le aguardaría amante.

Y él, el mejor cazador de la tribu, temible guerrero; en casa apenas tenía más categoría que cualquiera de sus hijos –salvo cierto privilegio, claro-. Allí la "etxeako andre" era dueña y señora indiscutible, tanto en los precarios refugios improvisados, como en el espacio de gruta que les correspondía cuando alguna de estas era ocupada temporalmente...

Poco más o menos como ahora... ¿O no?.